

PROCLAMAR A CRISTO

ILUSTRACIÓN DEL PUENTE

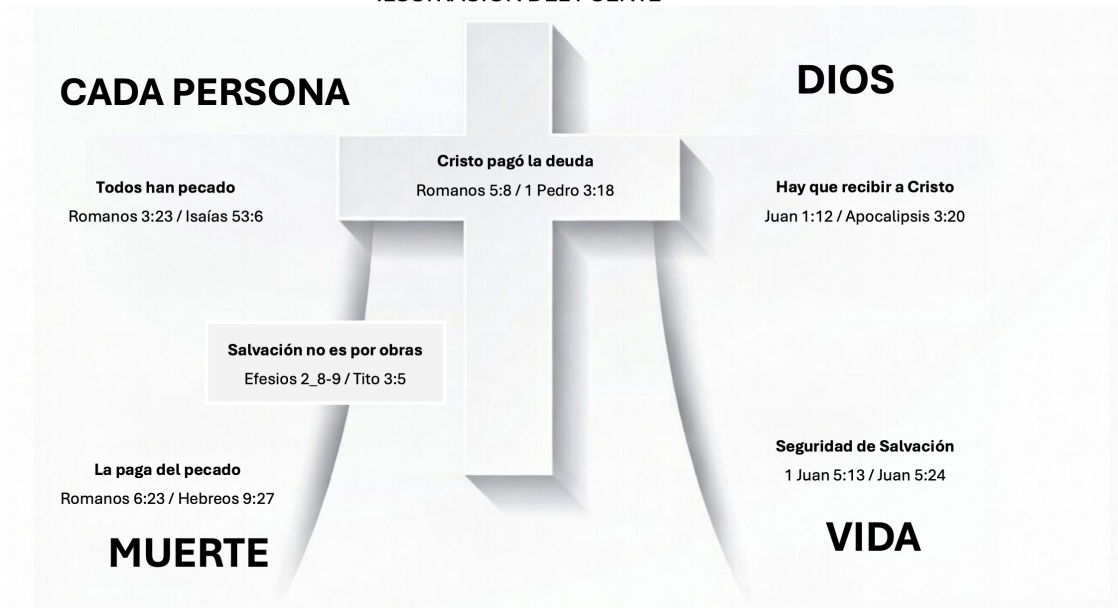


Ilustración realizada por Mauricio Zamudio D'Arcangelis

Proclamar a Cristo.

A lo largo de la historia, las ilustraciones han sido una herramienta poderosa para enseñar verdades profundas. Una imagen puede aclarar en segundos lo que tomaría páginas explicar. Las ilustraciones nos ayudan a entender lo complejo de manera sencilla y, una vez que lo comprendemos, podemos explicarlo con mayor facilidad a otros.

Jesús mismo enseñaba así. Usaba parábolas, ejemplos cotidianos y comparaciones que conectaban verdades eternas con la vida diaria. No simplificaba el mensaje; lo hacía accesible.

El evangelio es la verdad más importante que existe, pero también puede parecer abstracto o difícil de explicar. ¿Cómo describir el pecado, la santidad de Dios, la separación espiritual y la salvación en términos claros y comprensibles?

La ilustración del puente nos ayuda a visualizar esta realidad.

Nos muestra de manera gráfica la separación entre Dios y el ser humano. Nos permite ver el problema con claridad y, al mismo tiempo, entender la solución que Dios proveyó en Cristo.

Cuando comprendemos esta ilustración, no solo fortalecemos nuestra propia fe, sino que también adquirimos una herramienta sencilla y poderosa para compartir el mensaje del evangelio con otros.

Porque cuando algo se entiende con claridad, se puede comunicar con confianza.

Y el mensaje del puente es precisamente eso: una verdad clara que transforma eternidades.

Todos han pecado

Por Mauricio Zamudio D’Arcangelis



“Pues todos hemos pecado, nadie puede alcanzar la mete gloriosa establecida por Dios.”

Romanos 3:23 (NTV)

“Todos nosotros nos hemos descarriado como ovejas; hemos dejado los caminos de Dios para seguir los nuestros.”

Isaías 53:6 (NTV)

El diagnóstico que nadie quiere escuchar

Un buen amigo de mi hijo mayor, de apenas 20 años, comenzó a experimentar mareos y vómitos repentinos. Fue al médico, quien le mandó hacer estudios. Luego vinieron más análisis para confirmar lo que habían visto: cáncer de Hodgkin, extendido en la zona torácica. Posiblemente relacionado con el consumo de cigarrillos y los famosos *vapes*.

Al escuchar la noticia, reaccionó como muchos lo haríamos: “por qué a mí?” “Hay otros que hacen lo mismo...” Luego vino la indiferencia: “No quiero tratamiento”. Pero algo cambió. Decidió luchar, motivado por el amor de sus padres. Después de casi un año de quimioterapias, fue dado de alta. Hoy reconoce que estar cerca de la muerte lo transformó y lo llevó a reconsiderar a Dios en su vida.

Nuestra condición espiritual

Esa historia refleja lo que sucede cuando enfrentamos una verdad incómoda. Romanos 3:21 declara que todos hemos pecado. Isaías 53:6 dice que todos nos hemos descarriado. No es un problema de comparación. No se trata de ser “menos malo que otros”. El estándar no es la sociedad; es la santidad de Dios.

Es como si Dios fuera el médico que nos dice con amor y un sentido de urgencia: “El pecado te ha separado de la vida”. La consecuencia es seria. La Biblia la llama muerte espiritual.

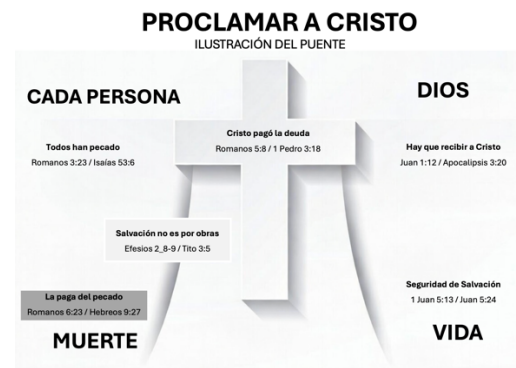
La esperanza

Pero el evangelio no termina con el diagnóstico. Dios no solo señala la enfermedad; ofrece la cura. No minimiza el pecado; provee la solución. Reconocer nuestra condición no es condenación, es el primer paso hacia la vida. Proclamar a Cristo comienza aquí: Aceptar que necesitamos ayuda para salvarnos de la muerte.

Solo quien reconoce su enfermedad está listo para recibir el tratamiento que Dios ofrece.

La paga del pecado

Por Mauricio Zamudio D'Arcangelis



“Pues la paga que deja el pecado es la muerte, pero el regalo que Dios da es la vida eterna por medio de Cristo Jesús nuestro Señor.”

Romanos 6:23 (NTV)

“Y así como cada persona está destinada a morir una sola vez y después vendrá el juicio.”

Hebreos 9:27 (NTV)

Enfrentando la autoridad

¿Alguna vez te has enfrentado a una autoridad por algo malo que hiciste?

Recuerdo una ocasión en la que iba manejando con exceso de velocidad y la policía me detuvo. Es una sensación incómoda: vergüenza, frustración y el intento inútil de justificarte. El oficial me mostró su radar: 135 kilómetros por hora, 25 por encima del límite permitido. Cuando vi la pantalla, mis argumentos desaparecieron. No tenía nada que decir. Solo podía aceptar la multa y asumir la consecuencia de mi imprudencia.

Había quebrantado la ley. Había una falta. Había una sanción.

Un juicio mayor. Ahora imagina algo mucho más serio.

Imagina una pantalla gigantesca donde aparezcan no solo tus acciones, sino también tus pensamientos, tus motivaciones, tus palabras ocultas. Y en lugar de un policía, el Juez supremo del universo, el Rey santo sentado en su trono, delante de innumerables testigos.

Todos moriremos una vez y después vendrá el juicio. Romanos 6:23 es claro: la paga del pecado es muerte. No se trata solo de errores sociales o fallas menores. El pecado es rebelión contra la santidad de Dios. Y el veredicto justo, delante de su perfección, sería separación eterna. Sin excusas, sin comparaciones, sin apelaciones.

Pero Dios... Aquí es donde el evangelio cambia todo.

El mismo versículo que habla de la paga también habla de un regalo: vida eterna en Cristo Jesús. En ese juicio, el Padre verá el sacrificio de su Hijo. La condena que yo merecía fue puesta sobre Cristo. Él pagó la multa completa. Él asumió la consecuencia. La justicia de Dios fue cumplida. El amor de Dios fue demostrado. Por eso hoy Cristo no es solo mi Señor, es mi Salvador.



Cristo pagó la deuda

Por Mauricio Zamudio D’Arcangelis

“pero Dios mostró el gran amor que nos tiene al enviar a Cristo a morir por nosotros cuando todavía éramos pecadores.”

Romanos 5:8 (NTV)

“Cristo sufrió por nuestros pecados una sola vez y para siempre. Él nunca pecó, en cambio, murió por los pecadores para llevarlos a salvo con Dios. Sufrió la muerte física, pero volvió a la vida en el Espíritu.”

1 Pedro 3:18 (NTV)

Si Cristo estuviera frente a ti ¿cuál sería la pregunta más importante que le harías?

Tal vez preguntarías sobre el fin del mundo. Sobre tu propósito en esta vida. Sobre el sufrimiento. Sobre tu futuro. Pero después de reflexionar en estos pasajes, me he dado cuenta de que hay preguntas aún más grandes: ¿Por qué Dios me ama tanto? ¿Por qué fue necesario que Cristo muriera por mí? ¿Por qué una solución de tal magnitud para salvarme? Si la cruz fue necesaria, entonces el problema es mucho más serio de lo que pensamos. Y si Dios estuvo dispuesto a pagar ese precio, entonces su amor es mucho más profundo de lo que imaginamos.

Romanos 5:8 dice que Cristo murió por nosotros cuando todavía éramos pecadores. No cuando mejoramos. No cuando lo merecíamos. No cuando prometimos cambiar.

1 Pedro 3:18 declara que Cristo sufrió una sola vez y para siempre. Él no tenía pecado, pero murió por los pecadores para llevarlos a salvo con Dios.

Este tipo de conciencia es la que debemos cultivar. No estamos hablando de religión superficial, sino del tema más importante de nuestra existencia eterna.

Si Dios dio una solución tan extrema, es porque la necesidad era extrema.

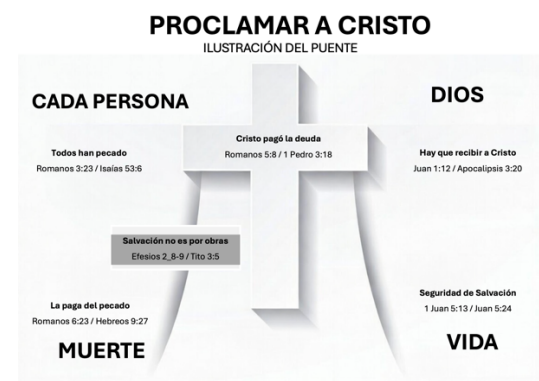
Si Cristo murió, es porque no había otro camino.

Si resucitó, es porque la salvación es real.

La pregunta es: ¿qué haremos con el amor que ya nos mostró?

La salvación no es por obras

Por Mauricio Zamudio D’Arcangelis



“Dios los salvó por su gracia cuando creyeron. Ustedes no tienen ningún mérito en eso; es un regalo de Dios. La salvación no es un premio por las cosas buenas que hayamos hecho, así que ninguno de nosotros puede jactarse de ser salvo.”

Efesios 2:8-9 (NTV)

“Él nos salvó, no por las acciones justas que nosotros habíamos hecho, sino por su misericordia. Nos lavó, quitando nuestros pecados, y nos dio un nuevo nacimiento y vida nueva por medio del Espíritu Santo.”

Tito 3:5 (NTV)

Y si te regalaran lo que más deseas

Imagina que alguien te ofrece exactamente lo que siempre has querido, sin condiciones, sin pago, sin que lo merezcas. ¿Qué harías? Nuestra reacción natural sería preguntarnos: “¿Qué tengo que hacer?” “¿Cuánto cuesta?” “¿Cómo lo pago?”

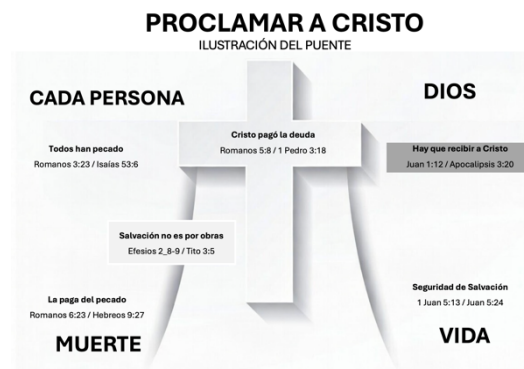
Nos cuesta aceptar regalos verdaderos. Siempre queremos aportar algo, demostrar que lo merecemos. Pero la salvación funciona diferente. No es premio, es regalo. Efesios 2 es claro: somos salvos por gracia, mediante la fe. No por mérito. No por buenas obras. No por religión. No por esfuerzo personal. La salvación no es un premio para los mejores. Es un regalo para los que reconocen que lo necesitan. Dios sabía que nunca podríamos acumular suficientes buenas acciones para borrar nuestro pecado. Por eso la salvación no depende de lo que hacemos, sino de lo que Cristo hizo. Nadie puede decir: “Yo me lo gané.” Tito 3:5 añade algo aún más hermoso: Dios no solo nos salva; nos limpia.

Nos lava, quita nuestros pecados y nos da un nuevo nacimiento. Nos concede vida nueva por medio del Espíritu Santo. No es solo cancelar una deuda. Es comenzar de nuevo. Es pasar de muerte a vida. Y nada de eso dependió de nuestras acciones justas, sino únicamente de su misericordia. La salvación no se compra. No se negocia. No se merece.

Se recibe por fe. Dios ya pagó el precio. La cruz ya fue levantada. El regalo ya está ofrecido. La pregunta no es si lo mereces. La pregunta es: ¿lo aceptarás?

Hay que recibir a Cristo

Por Mauricio Zamudio D’Arcangelis



“Pero a todos los que lo recibieron, les dio el derecho de llegar a ser hijo de Dios.”

Juan 1:12 (NTV)

“¡Mira! Yo estoy a la puerta y llamo. Si oyes mi voz y abres la puerta, yo entraré y cenaremos juntos como amigos.”

Apocalipsis 3:20 (NTV)

Una relación íntima

Dios no solo creó el universo y todo lo que vemos.

No solo nos creó a nosotros, aun sabiendo que lo rechazaríamos.

Él tomó la iniciativa de buscarnos. Desde el principio, Dios ha sido quien da el primer paso. La cruz es prueba de eso. Y hoy sigue llamando. No obliga. No invade. No impone. Sólo llama. Nos toca dejarnos encontrar. Abrirnos a su Hijo es abrirnos a Dios mismo.

Juan 1:12 dice que a los que lo reciben les da el derecho de ser hijos de Dios. No habla solo de información o religión, sino de relación.

Cuando recibimos a Cristo: Somos adoptados. Somos rescatados. Recibimos una nueva identidad. Dios deja de ser una idea lejana y se convierte en nuestro Padre por adopción. Y Jesús no es solo un personaje histórico; se convierte en alguien cercano, real, presente.

Dos decisiones que nos tocan

Apocalipsis 3:20 describe una imagen poderosa: Jesús está a la puerta y llama. Él ya nos conoce. Él ya pagó el precio. Él ya extendió la invitación. Pero se queda afuera hasta que respondamos. El versículo menciona dos acciones claras: Oír su voz y abrir la puerta

Si hacemos eso, Él promete entrar. Y no solo entrar, sino cenar con nosotros. En el contexto bíblico, cenar juntos habla de comunión, amistad, cercanía, intimidad.

El Rey de reyes sentado a la mesa con nosotros.

Seguridad de Salvación

Por Mauricio Zamudio D’Arcangelis



“Les he escrito estas cosas a ustedes, que creen en el nombre del Hijo de Dios, para que sepan que tienen vida eterna.

1 Juan 5:13 (NTV)

“Les digo la verdad, todos los que escucharon mi mensaje y creen en Dios, quien me envió, tienen vida eterna. Nunca serán condenados por sus pecados, pues ya han pasado de la muerte a la vida.”

Juan 5_24 (NTV)

La gran noticia

El deseo de una casa más grande, un mejor auto o más comodidades pierde importancia cuando enfrentamos la realidad de la muerte. Cuando la muerte se aproxima, el lujo no consuela. El prestigio no sostiene. El dinero no salva.

Pero si tenemos asegurada la eternidad por las palabras del mismo Jesús, entonces la seguridad y la confianza que experimentamos no dependen de nuestras circunstancias, ni siquiera de la muerte física. La Biblia no habla de una esperanza incierta, sino de una seguridad firme. 1 Juan 5:13 dice que podemos **saber** que tenemos vida eterna. No suponer. No esperar. Saber. Jesús fue aún más contundente: el que escucha su mensaje y cree tiene vida eterna. No será condenado. Ya pasó de muerte a vida. No dice “pasará algún día”. Dice “ya pasó”. La vida eterna comienza en el momento en que creemos.

Vivir con destino seguro

Saber hacia dónde vamos transforma cómo vivimos aquí. Nos hace vivir confiados. Nos recuerda que somos peregrinos. Nos libera del temor final.

Este mundo no es nuestro hogar definitivo. Vamos hacia uno mejor. Y esa no es una ilusión emocional, es una promesa respaldada por la autoridad de Cristo.

La gran noticia es esta: En Jesús hay perdón. En Jesús hay nueva vida. En Jesús hay seguridad eterna. La pregunta final no es si la muerte vendrá.

La pregunta es: ¿estás listo para cruzarla con la certeza de que ya has pasado de muerte a vida?